

Prólogo

Esta historia trata sobre un viaje. Un viaje entre dos personas que se querían y que terminaron convirtiéndose en dos desconocidos. ¿O era al revés? A veces las historias que nunca terminan son las que mejor acaban. Pero en ocasiones una historia se transforma en eso mismo, una historia, porque algún día alcanza su final.

Podríamos pedirle opinión a ella. Cansada de verse únicamente reflejada en los ojos de los demás, ha destrozado los barrotes de su jaula en una desesperada carrera contrarreloj para encontrarse.

O podríamos preguntarle a él. El reflejo de una sencillez amarga, el deseo de apropiarse de todo lo que le rodea para quitarle a la vida todas sus sorpresas, un lienzo en blanco que espera llenarse de color.

Los dos podrían dar una respuesta similar a las mismas preguntas. Quiénes somos, para qué servimos, por qué amamos. Qué buscamos en nosotros mismos y qué ansiamos encontrar en los demás. Si la opción de luchar cuando todo está perdido es de valientes, si rendirse es la mejor manera de sobrevivir cuando ya no queda nada. Diferentes maneras de ver un mismo camino, diferentes maneras de atravesarlo.

Hay personas que nacen destinadas a encontrarse. Otras, a pasar de largo después de un par de miradas indiscretas. Algunas nunca llegan a conocerse del todo, a pesar de estar toda una vida juntas. Todas ellas tienen una cosa en común, como los protagonistas de este viaje.

Pase lo que pase sus historias se entremezclarán sin remedio, como los hilos de un cálido jersey, como las piezas de un puzle

incompleto, como la luna y el sol cuando parecen tocarse y proyectan sus sombras sobre la Tierra.

Porque cuando dos personas se encuentran sin querer encontrarse, todo cambia.

Y eso es lo que Max y Scott, precisamente, tratan de evitar.

1. Max

Hace diez años

Los gritos eran tan fuertes que parecía que la casa entera iba a venirse abajo. Max sollozaba, escondida bajo el escritorio de su habitación, mientras se tapaba los oídos con sus manitas. Allison temblaba a su lado. Era mayor y mucho más alta. Aunque se encogiera como si quisiera desaparecer, apenas cabían ambas en ese hueco. Respiraban el mismo aire, el del miedo. La luz del cuarto estaba apagada y solo los destellos blanquecinos de la luna a través de la ventana les ofrecían algo de claridad, pero Max hubiera deseado estar ciega ante el sufrimiento de su hermana. Allison tenía el rostro descompuesto por el terror y las manos le temblaban tanto que bailaban agónicamente sobre su regazo. Era incapaz de ocultarse tras ellas, y por eso lloraba de una manera tan desconsolada, casi como si se estuviera ahogando, así que Max se inclinó hacia ella y cubrió las orejas de su hermana. En cuanto lo hizo, escuchó la atronadora voz de su padre:

—¡Para una puta cosa que te pido y ni eso consigues hacer bien! ¡No vales nada! ¡Ni tú, ni ellas!

Sonaba violento y lleno de furia, como el mar embravecido. Max cerró los ojos, preguntándose qué le había pasado a su padre, a su verdadero padre, ese que hacía unas horas la llevaba en volandas mientras paseaban por Central Park y ahora gritaba de una manera tan terrible. Nadie podía cambiar tanto en tan poco tiempo, ¿verdad? Allison enterró la cabeza en su hombro y Max siguió protegiéndola de la verdad con las manos. Lo haría con todo su cuerpo si hiciera falta. Siempre había escuchado que eran los hermanos mayores los que debían defender a los pequeños, pero Max acababa de comprender, a sus ocho años, que

los niños tienen una fortaleza innata que se quiebra cuando se hacen adultos.

—¡Estoy harto de esta familia! ¡Estoy harto de que seáis tan débiles!

Su madre también lloraba. Max apenas oía sus réplicas, porque ella hablaba en un tono tan bajito que era imposible descifrar más de un par de palabras sueltas. «Por favor» o «baja la voz» eran las más frecuentes, pero a su padre eso le traía sin cuidado. Seguía gritando cada vez más alto, cada vez más fuerte, y las paredes retumbaban junto a los latidos del corazón de la niña, que pensaba que iba a salirse del pecho.

¿Por qué estaba tan enfadado con ellas? ¿Acaso se podía dejar de querer a alguien en unas pocas horas? ¿Tan corto era el amor? Ella siempre había creído que el amor que sus padres sentían por ella y por su hermana sería eterno e incondicional. Mamá solía decir que eran sus tesoros, y papá respondía entre risas que él era el pirata que había navegado por todos los océanos del mundo hasta encontrarlas. ¿Se le había olvidado? ¿Ya no eran valiosas?

—¡Eres estúpida si crees que voy a quedarme en esta casa para acabar destrozando mi vida como tú! —gritaba a pleno pulmón. Max estrechó a Allison con más fuerza y apretó los párpados hasta conseguir ver estrellas—. ¡No os merecéis nada mío!

—¡No, Jason, las niñas no! —Desesperada, su madre lanzó un último alarido antes de quebrarse entre sollozos. Max sintió que se le ponía la piel de gallina y oyó a su padre subiendo las escaleras. El suelo se estremecía con cada pisada, y ella con él.

Abrió los ojos.

Allison se quedó lívida cuando vio que su padre se estaba acercando. La luz del pasillo se encendió y, como si a ella también la hubiera activado algún tipo de interruptor interno, gritó y salió corriendo del cuarto de Max. Quiso ir tras ella, pero estaba paralizada. Incapaz de hacer otra cosa que no fuera llorar

y temblar, observó cómo su padre dejaba que Allison huyera sin mirarla y fue hasta Max. Se paró frente al escritorio, con las manos convertidas en puños. No había encendido la luz y su silueta ocultaba la del pasillo, pero Max alzó la mirada de sus botas, aún salpicadas de barro por su paseo, y distinguió sus ojos, dos zafiros que refulgían a pesar de toda esa oscuridad. Ella tenía sus mismos ojos; le gustaba encontrar semejanzas entre su padre y ella, aunque fuera en detalles tan tontos. Le admiraba.

Pero aquellos ojos azules, que siempre la habían mirado con cariño y amor, ahora no eran más que dos puñales de odio. Odio y repugnancia. Max no reconocía a su padre. Quizá se había puesto una máscara y todo eso no era más que un juego. A lo mejor venía a decirle que había ganado, que saliera de su escondite y que su premio era una gran tarta de chuches para cenar. —Maxine —pronunció su nombre como si quemara.

La niña contuvo la respiración y las lágrimas se convirtieron en ríos cuando su padre siguió hablando. Quieto y airado, como una estatua de guerra. Max supo, con cada palabra que salía por su boca, que debía taparse los oídos. Tenía que protegerse, como había hecho con Allison. Ignorar la realidad si hacía daño. Solo tenía ocho años, pero parecía que a su padre no le importaba. Iba a destruirla. Lentamente, un frío intenso fue sumiendo su corazón en un invierno que arrastró dedos tan fríos como carámbanos por toda su piel. Jamás imaginó que las palabras pudieran doler más que un golpe.

Pero dolían. Dolían mucho. Y siguieron doliendo aun cuando su padre se marchó. Siguieron doliendo a pesar de que su madre la abrazara durante horas, siguieron doliendo aunque durmiera junto a Allison y ambas se usaran de almohada. Siguieron y seguirían doliendo como un eco imborrable, una huella que se hunde en cemento fresco, un secreto que nadie eligió guardar.

Y es que, como sucede con las personas, los secretos pueden terminar destruyéndonos si la única luz que les ofrecemos es la de nuestro interior.

2. Scott

Para Scott solo había una cosa más placentera que dibujar: escapar del infierno que era su casa.

Como todas las mañanas, le despertaron los gritos. A ojos de sus padres toda excusa era buena para discutir. Que si has roncado demasiado, que si la luz de la lamparita que usas para leer me molesta, que si vete a dormir al sofá... Las paredes de su casa no eran muy robustas y cualquier ruido traspasaba el hormigón como si fuera papel. Cuando Scott era un niño y las peleas se convirtieron en rutina, rezaba para tener una familia feliz, como las de los demás niños de su colegio. Ahora, a sus diecisiete años, solo deseaba terminar el instituto y perderlos de vista para siempre.

Hacer oídos sordos al dolor ajeno era mucho más fácil que implicarse.

Scott se levantó de la cama y apagó el despertador antes de sumar otro ruido a la lista. Tarareando una cancioncilla alegre, se puso unos vaqueros, una camiseta blanca y sus deportivas favoritas. Después, cogió la mochila y se dirigió al cuarto de baño. Allí observó su rostro como quien acaba de verse reflejado por primera vez y le desagradó el resultado. Dando por imposibles los dos surcos negros que cruzaban su cara en forma de ojeras, se centró en refrescar los rizos para que no pareciera que había metido los dedos en un enchufe. Unos instantes de pelea después y tras conseguir un resultado decente, se lavó la cara y salió del baño.

Cuando Scott entró en la cocina, sus padres estaban discutiendo porque se habían quemado las tostadas. Se lanzaban la culpa el uno al otro como si fuera un balón de playa. Le dedicaron una mirada rápida. Nada de «buenos días, hijo» o «¿qué

tal has dormido?». Scott no se molestó. Se acercó al plato de la discordia y cogió una tostada. Las reacciones no se hicieron esperar:

—Yo que tú no me la comería, Scott. A tu padre no le importa quemar la comida e intoxicarse con tal de engullir como un animal, pero nuestra salud tiene que ser lo primero. —Cuando su madre se sentía molesta por algo se cruzaba de brazos y miraba al objeto de su ira sin parpadear. Sus ojos grises estaban puestos en Albert, el padre de Scott.

—No le hagas caso —repuso este, con una sonrisa que fingía calma. Tenía el pelo cubierto de canas y la piel llena de arrugas por el tabaco, a pesar de que solo tenía cuarenta años—. Es culpa de tu madre, que prefiere gastarse el dinero en tonterías en vez de preocuparse por comprar un maldito tostador en condiciones.

—Están ricas —se limitó a contestar Scott, dándole un bocado a la tostada y sonriendo después, a pesar del regusto amargo que inundó su boca.

Para sus padres Scott era un arma más con la que atacar al otro. Siguieron discutiendo como si nada, así que dejó la tostada mordisqueada sobre la encimera con disimulo y, sin despedirse, cogió su chaqueta vaquera y salió de casa.

Se sintió persona de nuevo cuando notó una leve brisa acariciando sus mejillas y revolviendo su cabello. Manhattan siempre amanecía llena de vida. Allí donde alcanzaba su mirada había ríos de gente velados por su necesidad de desconexión, una explosión de color que el manto de nubes grises que se había extendido sobre el cielo no podía apagar. El verano estaba a punto de llegar a su fin para dar paso a un otoño que se presentaba más glaciario y lluvioso que de costumbre.

Resguardado del frío gracias a la inmensidad de los edificios que lo rodeaban, Scott echó a andar junto a la multitud. El apar-

tamento en el que vivía con sus padres estaba en Murray Hill, un barrio moderno de calles arboladas y comercios en cada esquina. Su instituto quedaba a veinte minutos andando, casi a tiro de piedra. Lo cierto era que tenía ganas de empezar la semana. Aquel iba a ser su último año. Si todo iba bien y sus calificaciones no se veían afectadas por un repentino ataque de vagancia, podría estudiar Bellas Artes en la Universidad de Tennessee. Y no había en el mundo nada que le hiciera más ilusión.

Sus pensamientos sobre el futuro se vieron interrumpidos cuando llegó a su destino. La familiar apariencia de su instituto, un edificio altísimo que tenía parte de la pintura roja de la fachada corroída por la humedad y el paso del tiempo, le hizo sentirse como en casa. Todavía faltaban unos minutos para el inicio de las clases, por eso los estudiantes más mayores le daban las últimas caladas a sus cigarrillos en la plazoleta sobre la que se erigía, en la que solo quedaban mesas destartadas y un parque infantil abandonado.

Scott agachó la cabeza al pasar por su lado, aunque conocía a la mayoría de los que estaban fuera. Nunca había sido muy sociable y el ambiente que respiraba en casa había ido modelando su carácter hasta volverlo solitario y algo arisco. Le costaba confiar en los demás porque sentía que las únicas personas en las que había confiado alguna vez le habían decepcionado. Y la decepción era una emoción difícil de gestionar. Aún batallaba contra ella en ocasiones, pero casi siempre solía alzar la bandera blanca en cuanto sentía que lo tocaba con sus dolorosos dedos. Eso le llevó a aislarse de todo y de todos, a preferir pasar sus días solo o en compañía de sus lápices de colores. O junto a Parker, por supuesto.

Parker era el único amigo de la infancia que le quedaba. Su mejor amigo, aunque no se lo dijera muy a menudo. Iban al mismo instituto desde que eran unos críos y se habían vuelto inse-

parables tras juntarse en los recreos para intercambiar tazos de *Pokémon*. Eran casi una copia del otro: les gustaba dibujar (aunque objetivamente Scott era más diestro con el pincel) y les apasionaba lo friki (aunque Parker hubiera traspasado los límites de la obsesión hacía tiempo y Scott a ratos acabara pasando vergüenza). Últimamente, la adolescencia había golpeado a su amigo con fuerza y lo había convertido en un revoltijo de hormonas y bromas sexuales difícil de manejar. Pero aun así, lo adoraba.

Al atravesar las puertas del instituto, un torrente de calor abofeteó su rostro. Esquivando a compañeros por los pasillos, se dirigió a su taquilla. Alguien había arrancado la pegatina de «¡Orgullo friki!» que Parker le había regalado para celebrar el comienzo de su último año. Los dibujos impresos de Batman, L, Raiden y demás personajes de ficción se veían muy solitarios ahora. Scott apretujó las pegatinas en la taquilla mientras comprobaba su horario. Todavía no se lo había aprendido. Normal, solo llevaban dos semanas de clase.

—«Filosofía. Aula 21» —leyó, soltando una pequeña risa de felicidad.

Filosofía era su asignatura favorita. Le apasionaba descubrir el pasado sobre el que se construía ese presente en el que se posaban sus pies, hallar las razones que explicaban la moral de cada persona, por qué actuaban de una manera y no de otra. Con energías renovadas, Scott subió a la segunda planta y entró en clase sin molestarse en comprobar que Parker estuviera allí. Su amigo y él tenían horarios distintos ese curso. A falta de cinco minutos para el comienzo, el aula estaba prácticamente vacía.

Se sentó en primera fila tras quitarse la chaqueta. Sacó uno de sus cuadernos de dibujo y lo abrió, apoyándolo sobre la madera. El olor a nuevo que rezumaban sus hojas le hizo cerrar los ojos. Le encantaba perderse en ese aroma que tanto relacionaba con un lienzo en blanco esperando su mano para

llenarse de color. Resistió la tentación de hundir la nariz en el cuaderno y rebuscó en la mochila hasta dar con el estuche. Cogió un lápiz de mina fina y lo apoyó sobre el papel, maldiciendo la costumbre tan tonta que tenía de morder la punta.

Sin detenerse a pensar demasiado, deslizó el lápiz sobre la hoja. Nunca sabía cómo iba a acabar un dibujo cuando lo empezaba. Los mejores nacían de sus dedos cuando no se esforzaba en imaginar nada en concreto, cuando se limitaba a decorar el papel. El grafito creaba líneas tan regulares y perfectas como la arquitectura que mantenía en pie a un rascacielos, y Scott notaba cómo su estómago se encogía al mirarlo. Como si estuviera caminando de verdad entre las alturas. Así se sentía cuando dibujaba. Era la única manera que había hallado de expresarse, de encontrar algo más puro que las palabras para explicar lo que anidaba en su corazón, aquello que ni siquiera él había logrado descubrir.

Casi sin darse cuenta había trazado su rostro en el papel, el reflejo que le había devuelto el espejo aquella mañana. Scott observó el dibujo con ojo crítico. «Mis labios no son tan gruesos», reflexionó, arrancando el folio para acercárselo a la cara. «Tampoco tengo los pómulos tan marcados, ni siquiera tengo una barbilla pronunciada. Menuda basura».

Sí, así de exigente era.

Arrugó la hoja de papel y se levantó para arrojarla a la papeletera. Nada más volver a sentarse, el profesor Taylor entró en clase y se dirigió al estrado con su habitual sonrisa. Scott se apresuró a guardar su cuaderno y sacar el libro de Filosofía. Mientras tanto, el aula se llenaba con la lentitud propia de aquellos que se comportan como si les estuvieran dirigiendo al más terrible de los destinos. Scott no los entendía; adoraba a ese hombre. No solo por su aspecto cándido y la cercanía que mostraba con sus alumnos, sino por la manera en la que explicaba las lecciones: impreg-

naba cada palabra de pasión, vivía en las historias que contaba aunque nunca las hubiera experimentado. Era imposible aburrirse con él, aunque recitara cada dos por tres el discurso de Bonaparte cuando le nombraron cónsul. Según él, era un arma muy motivante para las mentes en formación de los alumnos.

—¡Buenos días, queridas y queridos míos! ¿Tenéis ganas de descubrir los misterios de la Antigua Grecia? Si no me equivoco, es nuestra nueva lección —exclamó, sentándose sobre el escritorio y mirando el rostro de todos ellos. Se acariciaba la poblada barba con una mano mientras que con la otra sujetaba un pedazo de tiza, haciéndolo oscilar entre sus dedos. Scott fue el único que se atrevió a devolverle la sonrisa y a asentir, lo que le valió un guiño agradecido por parte del profesor—. Perfecto, ¡empecemos!

Durante la siguiente hora, Scott atendió a las palabras de aquel hombre sin perder detalle. Apenas apartaba la vista de la pizarra mientras tomaba apuntes como un loco, imaginando posibles paisajes y escenas que dibujar en el descanso con todo lo que estaba relatando. Se sumergió tanto en la filosofía presocrática que apenas se percató de que el timbre que señalaba el final de la clase había comenzado a sonar.

—¡Tranquilos, fieras! Ya sé que os morís de ganas de salir, pero antes debo comunicaros algo. —El profesor abrió su maletín y sacó una hoja, captando su interés—. Como sabrán todos aquellos que me han estado prestando atención, esto es lo único que he podido contaros sobre Grecia porque tengo que seguir con el temario. Pero muchas cosas se han quedado en el tintero, lo que también incluye la mitología. Por eso mismo, quiero que seáis vosotros mismos los que le dediquéis más tiempo. Voy a dividirlos en parejas, aprovechando que sois pares, y tendréis que preparar para el final de este trimestre una historia que proceda de la mitología griega. No importa de qué mito se trate

o la forma en la que queráis presentarlo. Pero sed originales, porque vuestra nota final dependerá casi por completo de este trabajo.

Un murmullo de sorpresa surgió entre los pupitres. Scott apoyó los codos en la mesa, maldiciendo su mala suerte. La mitología griega era uno de sus temas favoritos. Se consideraba un experto en todo lo que atañera a dioses antiguos, monstruos de numerosas cabezas y castigos divinos. Podría lucirse con aquel trabajo... si lo hiciera solo. No tenía relación con nadie de esa clase. Maldito Parker. ¿Por qué había escogido Tecnología en vez de Filosofía?

—Un poco de calma, voy a leer vuestros nombres por orden alfabético. En función de vuestro apellido os tocará un compañero o compañera distintos. ¡Empiezo! —proclamó el profesor Taylor.

Scott aguardó pacientemente a que llegara su turno. Se apellidaba Wilson, por lo que su nombre sería uno de los últimos en salir. Moviendo la pierna con nerviosismo, vio cómo algunos de sus compañeros sonreían y mostraban su alegría cuando oían su nombre junto al de algún amigo. Scott resopló en voz baja mientras rezaba para que los cálculos del profesor fueran erróneos, el número de alumnos impar, y pudiera hacer el trabajo en solitario.

—... y, por último... —oyó decir—, Maxine Wallace y Scott Wilson. Recordad, tenéis tres meses para preparar el trabajo. ¡Pero no os durmáis en los laureles! —Se despidió, recogiendo su maletín y haciendo una cómica reverencia—. Buenos días.

¿Maxine Wallace? Aquel nombre no le decía nada. Scott giró la cabeza para observar el aula, pero no tenía ni idea de quién podía ser Maxine. Todos sus compañeros estaban saliendo de clase, lo que quería decir dos cosas: o bien a Maxine le importaba poco saber quién era su compañero, o bien no estaba allí.

Scott recogió sus cosas y se acercó a la mesa del profesor, que todavía no había salido del aula. Tragó saliva.

—Disculpe, profesor Taylor —murmuró con timidez. El hombre le sonrió con amabilidad y asintió con la cabeza, animándole a continuar—, me preguntaba si podría decirme quién es Maxine Wallace.

—Siento decirte que Maxine no ha venido a clase hoy. La verdad es que ya ha faltado varios días, supongo que estará enferma —reflexionó, encaminándose fuera de la clase y palmeándole el hombro al pasar por su lado—. No tardes en ponerte con este trabajo, jovencito. Casi toda tu nota dependerá de ello.

El timbre volvió a sonar y Scott salió corriendo para no llegar tarde a Matemáticas, aunque los números quedaban muy lejos de su mente en aquel momento. Pensar en mitos y monstruos había llenado su cabeza de fantásticas imágenes que se sentía obligado a plasmar en alguna parte, lo que incluía los márgenes de su libro de texto. Lo llenó de minotauros, sirenas y grifos, y lo mismo se dedicó a hacer el resto de las clases, incluso en el descanso. Lo ayudaba a dejar de pensar en esa tal Maxine, en si sería una buena estudiante, si se entenderían y harían un trabajo que dejara al profesor con la boca abierta o una auténtica chapuza.

Necesitaba sacar buena nota. Necesitaba salir de ese apartamento.

Volvió a sonar el timbre. Hora de comer. Parker lo esperaba a la entrada del comedor. Se saludaron con un abrazo y cruzaron las puertas dispuestos, como siempre, a pelear por las patatas.

—¿Qué tal, Parker?

—Muy bien, tío. ¿Sabes lo que hice este fin de semana?

—¿Quedar con una chica? —preguntó Scott sin interés, poniéndose a la cola del mostrador y estirando la cabeza para ver si de segundo había muslitos de pollo.

—¡Casi!

—¿Cómo que casi?

—Le dije a Jessica, la de segundo, si le apetecía salir conmigo. Sabes quién es Jessica, ¿verdad? La animadora, la que siempre lleva el pelo recogido en una coleta y tiene unas tetas que...

—Sé quién es, Parker, no hace falta que me des detalles de su anatomía —le interrumpió Scott, malhumorado por la gruesa pasta verde que le habían puesto en la bandeja y que los cocineros pretendían hacer pasar por puré de verduras. Ya no quedaban patatas fritas.

—Bueno, pues le pedí salir a Jessica. ¿Y sabes qué me dijo?

Scott fingió pensarlo.

—Te dijo... que no.

—¿Cómo lo has adivinado?

Parker parecía sorprendido de verdad y Scott no pudo contener la risa. Su amigo no era feo, aunque tampoco podía decirse que poseyera una belleza canónica, ese tipo de belleza que Scott jamás podría plasmar sobre el papel porque la perfección no estaba al alcance de cualquiera. Parker tenía el rostro redondeado y salpicado por algunos granos. Sus ojos eran oscuros y siempre llevaba el pelo cortado a lo tazón, lo que le hacía parecer más bajito de lo que en realidad era. Vestir con las mismas camisetas frikis cada día no ayudaba a aumentar su atractivo entre las mujeres, por mucho que se esforzara.

—Intuición —terminó respondiendo. Cogió su comida y se dirigió a la primera mesa vacía que vio. Parker iba tras él.

—Jessica es guapa, pero Sandy es mejor.

—¿Esa no es la capitana de las animadoras?

—Apunta alto o no apuntes nunca, Scott —le aconsejó Parker, atragantándose con el agua. Iba tan acelerado siempre...—. ¿Novedades a la vista?

—Tengo que hacer un trabajo de Filosofía sobre...

—Frena. —Parker alzó los brazos. Su cara seguía un poco roja—. Te he preguntado por novedades interesantes, Scott. Obviamente me refiero a mujeres.

—Eres muy monotemático.

—Soy un adolescente que no ha tenido novia en su vida. Es normal que siempre piense en chicas.

—Yo tampoco he tenido novia nunca y no es algo que me preocupe.

Scott estaba siendo sincero a medias. El amor nunca había sido su principal preocupación, pero solía revolotear en su cabeza cuando buscaba inspiración en la pintura simbolista o veía una declaración romántica en una fachada. Le costaba entender el amor, quizás porque nunca se había enamorado. Había leído en blogs de artistas que había ciertos sentimientos que no podías entender ni plasmar hasta que los vivías. El chico temía que tuvieran razón.

—Pero es que tú no eres normal, Scott —replicó Parker, sin dejar de masticar en ningún momento—. Tienes que fijarte más en mí.

Parker se señaló a sí mismo. Llevaba puesta una camiseta de Naruto y el brazalete del Rey Escorpión, el villano de una de las películas de *La momia*.

—No sé cómo no tienes a todas las chicas detrás —soltó. Sonaba entre malicioso y divertido.

—Es cuestión de tiempo que descubran que los musculitos no tienen tema de conversación. Yo soy mucho más interesante.

—En eso te doy la razón. Y ahora, si no te importa, ¿puedes dejar que te cuente mis novedades?

—Si insistes... —Parker puso los ojos en blanco y empujó su bandeja a un lado. Estaba vacía.

—Tengo que hacer un trabajo de Filosofía con una compañera de clase, Maxine Wallace. Por casualidad, ¿no sabrás quién es?

—¿Maxine? Ni idea, tío. En el equipo de animadoras no está, te lo puedo asegurar. ¿Has buscado en Instagram?

—Sabes de sobra que no uso Instagram ni Twitter ni ninguna de esas cosas modernas.

—¿Y a qué esperas?

—¿A que me interese, por ejemplo?

—Scott, me decepcionas. Intento enseñarte cómo triunfar en el mundo digital, que es duro y cruel, y te pasas mis consejos por la...

—Hablas como uno de esos *influencers* —le interrumpió, para no tener que oír el final de la frase—, pero en el fondo solo eres un adicto más.

—Instagram sin mí se quedaría en el «insta». Instantáneamente aburrido —protestó.

—¡Parker, solo tienes treinta seguidores!

—Pero me dan *like* a todo. Eso es más de lo que puede decir el resto de la población. Además, estoy en constante expansión. Ayer me siguió un tío de Corea y me puso corazoncitos en una foto que tengo comiendo *pizza*. Y cállate o no te ayudo con lo de Maxine. —Scott sacudió la cabeza, conteniendo la risa, mientras Parker sacaba el móvil y abría la aplicación—. ¿Cuál era su nombre completo? ¿Maxine...?

—Wallace. Maxine Wallace.

Parker tecleó con rapidez y deslizó el dedo por la pantalla. Tras unos segundos de silencio, terminó poniendo cara de desilusión y encogiéndose de hombros.

—Nada, no aparece nadie con ese nombre. Y eso solo puede significar una sola cosa.

—¿Cuál?

—Que es más rara que tú o que te has equivocado de nombre.

Scott le arrojó un cacho de pan a la cara y Parker rio. Se olvidaron del tema poco después, y pasaron el resto del tiempo en

el comedor debatiendo sobre si los superhéroes deberían abandonar su identidad secreta para ligar, las posibilidades de Parker de acabar el instituto dejando de ser virgen y cuánto dinero ganaría Scott si se dedicase a vender dibujos eróticos.

Cuando las clases acabaron, Scott sintió que su alegría se desvanecía mientras volvía a casa... sin saber que su rutina, que llevaba toda la vida nadando entre lápices y colores, se iba a ver pronto interrumpida por un huracán con melodía propia.

*Me pregunto si habrá algo más prometedor
para mí que una página en blanco, y si
conseguirá devolverme algún día todo lo que he
perdido por culpa de mis miedos.*
